

Panamá, 31 de Mayo de 1917.

AÑO
II



PRELUDIOS

Organo publicado mensualmente por los años superiores del
Instituto Nacional.

NUM.
I



DIRECTORES: FERNANDO ROBLÉS ANTONOR QUINZADA

NOTA EDITORIAL

ESTAS hojitas, que caen a la vida aprisionadas en las páginas de PRELUDIOS, no provienen de árboles otoñales ni es el frío del invierno el que las desprendió de la rama: son tiernos retoños arrancados de un árbol de intensa verdura y savia vigorosa y juvenil, que sólo sabe florecer rosados ensueños e ideales nobles y generosos; son el mensaje de una juventud estudiosa que hoy levanta su voz, se agrupa, se agita, escudriña en el horizonte y procura formarse ideales por los cuales combatir en la sociedad; son aurorinos reflejos de las bellas letras, las que, como otros ramos de la actividad escolar, comienzan ya a dar muestras de desarrollo en un hervor prometiente y fecundo.

Una verdadera sed de idealismo se apodera lentamente del espíritu de la nueva generación y cada estudiante busca a tientas en la penumbra la mano del compañero para alcanzar en fraternal jornada la luz que ya su fe le hace divisar en la lejanía. Después de un largo marasmo tales indicios permiten esperar para la Patria días mejores. Por eso, una vez más, no vacilamos en excitar a la muchachada de PRELUDIOS a que estudie y piense, a que sueñe y escriba, a que trabaje y enseñe. Que cada cual haga ahora su ensayo, para que después unidos todos, los que piensan y los que sueñan, los que enseñan y los que estudian, los espíritus prácticos o idealistas, contribuyan con su parte a desarrollar la naciente reacción moral e intelectual de la República.

Desde luego, una literatura bien encaminada, con bases sólidas de observación y estudio, puede llegar a ser como la conciencia de un pueblo y es, en todo caso, el arsenal que pone de manifiesto ante el mundo el grado de cultura de aquél y diluye en su seno ideas de libertad, de belleza, de amor y de progreso.

O. M. P.

RUBEN DARIO (1)



Para Antenor Quiroz
con todas mis simpatías.

En el renacimiento de la literatura hispano-americana, un raro, un exquisito poeta ha sentado una escuela, que sin temor a equivocarnos podemos afirmar que pasará a la historia literaria no con la obscuridad empalagosa de los gongoristas, sino con la luz clara y purísima de la escuela italiana que fue tan magistralmente continuada por el dulce Garcilaso.

¿Porque quién ha de negar que este mago del verso ha dado vigor, lozanía y esplendor al lenguaje?

¿Quién puede negar que el cantor de «Prosas profanas» es único en el arte de crear sus versos?

Sucedirá con Rubén Darío lo que a Campoamor con sus «Doloras» que no han podido ser imitadas?

Creo que no; lo que pasa es que la juventud americana no imita al maestro en sus altas concepciones de belleza sino en sus defectos, en sus giros exóticos con que a menudo saturaba su prosa de estos últimos tiempos.

Si Asunción Silva no hubiera muerto en tan temprana edad sería hoy el rival de Rubén Darío porque su alma rebelde y sensitiva se inició modernista en su inmortal «Nocturno» que comienza:

Poeta di paso los furtivos besos
.....
y que vaticinaban a este malogrado poeta un porvenir feliz.

Fue Darío, un cosmopolita en asuntos de literatura pues conocía tanto de Shakespeare y Byron como de Dante y Petrarca, tanto de Hugo y Lamartine como de Shiller y Goethe.

El cantor de «Prosas profanas» tuvo una vida gloriosa; joven aún se le ve en Chile donde se da a conocer con brillo deslumbrador, luego en Buenos Aires y funda allí un cenáculo literario que ha incubado a los grandes intelectuales argentinos como Ingenieros, Lugones y otros; marcha a España y allí tiene relaciones con viejos gloriosos como el elocuente Castelar, con el cantor de las «Doloras», con el autor castizo de «Pepita Jiménez» y con otros muchos.

Leed su biografía y en ella veréis pintado con soltura y delicadeza los trances más interesantes de su vida.

¿Y por qué no decirlo? veréis también al través de esas páginas al poeta anacreóntico del dorado país de la Bohemia.

¿Qué decir de los cuentos mágicos de Azul.....?

Allí se inicia con una prosa en la cual se ve la influencia heléni-

(1) Discurso pronunciado en la velada de la «Sociedad Minerva».

ca de variados matices, pues en ellos surgen, en delicioso consorcio un sátiro con su cabeza coronada y enmarañada de pámpanos, Orfeo con su lira diamantina, ninfas blancas, como plumajes de cisne, que toman tintes de nácar cuando se bañan en las claras linfas de Castalia, Apolo que tañe su divina lira y Venus bella que sale de entre las espumas del mar.

En el «Sátiro Sordo», cuento que es todo un poema en prosa, es donde más marcada está la influencia helénica. Está escrito en prosa rítmica, nítida, llena de música como la composición «A una estrella» que comienza así:

«¡Princesa del divino imperio azul, quién besara tus labios luminosos!» y que él se figura como una «pálida Beatriz del firmamento, lírica y amorosa en su sublime resplandor».

Su libro «Peregrinaciones» es una colección de brillantes crónicas que tratan del País del Arte. Darío ama esta tierra como artista y al recuerdo de sus famosos poetas como Dante y Petrarca, exclama: «Estoy en Italia, y mis labios murmuran una oración semejante en fervor a la que formulara el armonioso Renán ante el Acrópolis. Pues Italia ha sido para mi espíritu una innata adoración; así en su mismo nombre hay tanto de luz y melodía, que, eufónica y platónicamente, pareceme que si la lira no se llamase lira podría llamarse Italia.»

Rubén Darío llega a la Ciudad Eterna en el momento en que la pálida lámpara de alabastro de León XIII lanza sus últimos par-

padeos y escribe en prosa armoniosa su impresión:

«¡Es una madeja de seda, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, o acaso una pequeña ave de fina pluma? No; ni madeja de seda, ni lirio de cinco pétalos, ni pájaro delicado: es la mano del Pontífice, es la diestra de León XIII la que acabo de tener sobre mis dedos. . . .»

Y olvida a Zola, las viejas filosofías paganas que le quitaron sus afectos religiosos y recuerda entonces los dorados tiempos de su niñez cuando con la abuelita marchaba a la Iglesia con mística unción. ¡Oh sol de Domingo! Como gran poeta fue un exquisito prosador pero aquél superó en mucho a éste.

Su obra poética es fecunda y maravillosa, sus Prosas profanas tan bellamente prologadas por Rodó son un derroche lírico de la más perfecta belleza.

Como poeta, Darío es el eterno enamorado de las princesas, de los cisnes de inmaculada blancura y del hermoso Lohengrin.

Tiene poesías delicadas como

Era un aire suave. . . . su «Sonatina» que nos revela un alma exquisita de poeta cuando dice:

La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa
Que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro
Está mudo el teclado de su clave sonoro
Y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

Y a veces se nos muestra épico, con pujanza arrolladora como en su Marcha Triunfal, donde se oye el trepidar de los caba-

llos, los gritos gloriosos del guerrero.

Así comienza:

Ya viene el cortejo!

Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo.

Ya viene oro y hierro el cortejo de los paladines.

Darío sintetiza su personalidad poética en la composición «Yo soy aquel que ayer no más decía» que sirve de pórtico a «Cantos de Vida y Esperanza» de donde extraigo la siguiente estrofa toda llena de música:

Y entonces era en la dulzaina un juego

De misteriosas gamas cristalinas,

Un renovar de notas del Pan griego

Y un desgranar de músicas latinas.

Para terminar qué cosa mejor puedo hacer que recitaros las luminosas frases del literato Justo Sierra quien sintetizó la obra poética del autor de Azul de la manera siguiente: «Rubén Darío se ha creado una lengua poética enteramente suya. Quiero decir que la domina al punto que parece su creador, que parece el inventor de su modo de hacer versos; y ese instrumento es un orquestrión: clarín, flauta, címbalo, arpa, violín y lira, todo lo pulsa por igual».

FERNANDO ROBLES.



HOY Y AYER



Ya el sol cansado de su largo viaje se posa soñoliento en occidente y cierra sosegado sus pupilas, dejando el mar cubierto de negrísima sombra. En este mar oscuro, navega el barquichuelo de un viejo pescador; las olas le amenazan con gemidos furiosos y pretenden hundirlo para siempre. ¿Tendrá aquel hombre miedo, terror o espanto? No, el no se acuerda de las bravas olas sino de su casita donde estará con hambre su vieja esposa. Y aquellos pensamientos atormentan su alma y llenan de melancolía su corazón.

Luchando con las olas llega el pobre a la orilla; salta con gran trabajo a la arenosa playa, desde donde alcanza a ver entre las rocas la luz de su casita. Llorando como un niño corre a su casa, la pobre anciana que aguardaba ansiosa su llegada, sale a su encuentro y el viejo al verla exclama tristemente: ¡ay Inés de mi alma, hoy no he encontrado nada! Tiré mi red cien veces, y nada he conseguido; ¡qué se va a hacer Dios mío, tampoco hoy comeremos! No importa, Juan, no importa, dijo Inés, tal vez mañana comeremos algo. Mira: hoy mientras tu vagabas por las olas, zurré yo redes de algunos pescadores; mañana vienen, y cuando les entregue mi trabajo tendré dinero y compraremos pan.

Entraron los ancianos a la choza y en una mesa miserable ardía una lamparita que apenas lanzaba una luz opaca y triste.....

Qué melancolía sufre mi alma cuando contempla el cuadro de los dos viejecitos uno enfrente del otro, sin proferir palabra y rebuscando dentro de su alma consuelo.

El silencio que reinaba, fue interrumpido por un hondo suspiro de Juan. Inés tan dulce, cariñosa y buena quiso calmar la pena a su marido diciéndole frases muy llenas de ternura pero bien pronto nubláronse sus ojos y resbalaron por sus mejillas gruesas gotas de llanto al oír esta queja de su marido: ¡ay mujer, recuerdas cuando vivíamos felices en medio de riquezas y comodidades? Recuerdas cuando alegraron nuestro hogar nuestros queridos hijos? qué grato me era verme amado de ellos, sentir en mis mejillas sus besos dulces..... Ya no tenemos nada, ya no tenemos hijos.....

¡Ay, cuántos en la vida gozan de juventud risueña, de riquezas, placeres, belleza y esplendor; y van esas grandezas y risueños placeres a morir en una choza donde reina el pesar.

JULIA A. SALVAT.

 A LA SOLEDAD

(A mi madre con todo el afecto de mi alma).

Cuando una pena me tortura el alma
y algún triste recuerdo me consume
busco en la soledad algo de calma
que vierta sobre mi alma su perfume.

Entonce olvido todas mis congojas
y todos mis nostálgicos dolores,
al escuchar las voces de las hojas
preludiar sus melódicos rumores.

Entonces dentro el pecho un goce siento
que mi alma vuelve inspiración, ternura,
y miro alegremente cómo el viento
en sus alas se lleva mi amargura.

Divina soledad, con la belleza
que en tu seno hermosísimo atesoras,
con tu música suave y tu pureza
me subyugas, me hechizas, me enamoras.

Divina soledad, con tus caricias,
con tu dulce fragancia y con tus cantos,
un jardín eres lleno de delicias,
de rumores, de aromas y de encantos.

DARIO GONZALEZ.

Mayo de 1917.

LA MUERTE DE CICERÓN

«Vir bonus peritus dicendi»

La muerte de los grandes hombres es casi siempre trágica, abatida, triste... porque son con frecuencia víctimas de la maldad humana.

Parece que estuvieran predestinados a morir así, pues desde el momento en que acaban esta vida, comienza para ellos otra más gloriosa y bienaventurada.

Bien lo ha expresado Víctor Hugo: «Cuando baje al sepulcro podré decir como muchos otros: «He concluido mi tarea»; pero no podré decir: «He terminado mi vida». Mi vida empezará de nuevo al siguiente día.»

Lo propio pudo haber dicho Cicerón.

Las guerras civiles que aniquilaban la República Romana después del asesinato de Julio César en pleno Senado, por el sobrino de Catón, terminaron con el establecimiento del segundo triunvirato, lo que costó a Roma millares de cabezas, entre ellas la del famoso orador Marco Tulio Cicerón.

Los odios de Antonio, uno de los triunviros, la flaqueza de carácter de Octavio, otro de los mismos, por quien Marco Tulio se había esforzado para llevarlo al poder, y la ingratitud de Pompeio Lenas, tribuno a quien Cicerón había salvado la vida, [lo que que pagó Lenas con cortar la cabeza y las manos de su salvador] consiguieron llevar al Sena-

do las partes más sagradas del preclaro hombre público.

Y el Senado, en donde había vibrado poderosamente la elocuencia del patriota, contempló sobrecogido aquella noble cabeza que había guardado tan altos pensamientos y vió también las manos, al parecer temblorosas, como cuando escribía sus obras de sabiduría eterna.

Cuentan, que después fueron presentadas a la mujer de Antonio aquellas venerables reliquias y que Fulvia todavía no saciada su venganza, tomó el alfiler de su tocado y se entretuvo en picar la lengua del ilustre orador.

¡Atroz venganza sólo digna de un corazón empedernido, de un alma depravada!

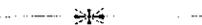
La moral condena a Carlota Corday porque dió muerte a Marat, pero el «Angel del asesinato» como se la ha llamado, lo hizo guiada por un sublime ideal: acabar con un tirano que pedía 20.000 cabezas para salvar a la Francia.

Judit decapitó al sitiador de Bethulia para redimir a su pueblo; ambas tienen perdón, pero a Fulvia la Historia jamás perdonará. Inspirada en tan infame pasión como es la venganza, hizo el acto más indigno con el más generoso de los hombres.

PEDRO MORENO CORREA

Panamá, Mayo de 1917.

EN EL CAMPO



(CUENTO)

Para Luis R. Sánchez.

En uno de nuestros pueblos del interior, rústicos pero poéticos, rodeado de frondosos árboles y de verdes llanos salpicados de flores que mantienen el ambiente siempre perfumado, vivía en un rancho una anciana como de 60 años, con su hija Rosa, espléndida muchacha de 18 abriles. Era un modelo de belleza campesina; llamaba la atención sobre todo su color, de una rara blancura, y un par de ojos negros y grandes adornados por ojeras azuladas que hacían el contraste más hermoso. Revelaba Rosa una inocencia infantil, cualidad común en las hijas de los pueblos donde aún no han llegado los artificios y refinamientos de la civilización.

Desde varios meses atrás sostenía relaciones amorosas con el hijo del Alcalde, Juliano, mozo fornido y trabajador, quien estaba locamente enamorado de la belleza de Rosa. Cuando la noche recogía su manto y dejaba ver allá a lo lejos los tintes rosáceos de la aurora que preludiaban el nuevo día, ya estaba Juliano con el motete al hombro y el machete en la mano dispuesto a emprender camino hacia el trapiche a pasar el día entregado a las rudas faenas campestres; al atardecer regresaba y a pesar del

cansancio daba un rodeo para ver a su enamorada antes de llegar a la casa.

Era el Viernes Santo; el sol, al declinar, había aminorado un poco el ardor propio de los países tropicales; sin embargo mantenía una luz firme y brillante; la brisa pasaba suavemente y al colarse entre las rendijas de los ranchos traía lejanos murmullos de los misteriosos diálogos que entablan los árboles en las florestas solitarias; los pájaros cual si supiesen de la muerte de Cristo, enmudecían y no dejaban oír como de costumbre las dulces y cristalinas notas de su lírica garganta; el pueblecillo estaba triste y al parecer solitario porque todos, jóvenes y viejos, mujeres y niños, se recogían en sus casas a rezar las oraciones tradicionales. La brillantez del sol, la brisa leve, el susurro de las hojas, el silencio de las aves, el místico recogimiento de las personas, todo contribuía a invadir el pueblo de una austeridad conventual que seguramente habrá observado quien haya pasado la Semana Santa en el interior.

Juliano fue a visitar a Rosa y después que juntos con la madre de ésta hubieron rezado, se sentaron bajo un coposo níspero que en el patio se elevaba majestuo-

so y se entregaron a sus conversaciones tontas como todas las de los novios, según dicen los viejos. [tal vez por despecho hacia una cosa para ellos vedada].

—Oye, dijo de pronto Rosa, te voy a contar una historia que se me ha *vento* ahora a la memoria por que hace un año justo que sucedió: Antes de que tu me me me dijeras que me querías, un mozo hijo de *ña* Josefa, que vino aquí sólo de paso, dijo que quería casarse conmigo, por lo que su madre habló con la mía y arreglaron las bodas para el día de San Juan. Tu estabas entonces en Panamá. Yo no me atreví a contradecir a mamita; pero un día se presentó a mi casa a caballo y sobresaltado me dijo que tenía que ausentarse y que quien sabe cuándo volvería. Se fue y yo

—¿Y si volviera? interrumpió Juliano.

—Y yo me alegré porque francamente no lo quería; si volviera y quisiera casarse tendría que buscar otra novia.

Ah! repuso Juliano como si le hubieran quitado un gran peso de encima; pero de temperamento celoso, no quedó muy satisfecho. Queriendo dar otro giro a la conversación dijo:

—Ya que hablamos de ausentes, dime qué es de ese hermano tuyo, Antonio, que yo no conozco, de quien me dijeste que estaba en Ocú?

—Hace como un mes recibimos carta de él donde nos decía que pronto se vendría para acá, pero hasta la fecha no se ha presentado; tengo deseos de que venga porque desde hace 5 años no lo veo. No sé si habrá cambiado

pero cuando se fue era tan parecido a mí que todos creían que somos mellizos

—Cuando venga no me avises para ver si yo lo saco por la cara. Pero, agregó Juliano mirando el sol que rompía la línea del horizonte, ya es hora de cenar y me voy. ¿Vas mañana al tambor de Pedro?

—Sí, si Dios quiere.

Y se despidieron. Juliano cenó aunque con poco apetito, pues la historia de Rosa de sus antiguos amores no lo dejaba tranquilo. Preguntó a su madre si ella sabía dónde estaba un hijo de *ña* Josefa que él no conocía; aquélla le contestó que viajaba por todos los pueblos del interior negociando y que precisamente llegaría pronto pues así lo había avisado a su madre. Esa noche Juliano no pudo conciliar el sueño hasta tarde la noche pues la idea de que su rival volviera y persistiera en casarse con Rosa, no lo dejaba tranquilo. Y cuando ya se dormía, despertó sobresaltado porque el silencio de la noche había sido interrumpido por el lóbrego graznido de una lechuza que pasaba

* * *

Llegó el siguiente día, Sábado de Gloria, con la misma tristeza del día anterior; pero como a las diez de la mañana el aspecto del pueblo cambió de pronto; las campanas de la Iglesia echaron al vuelo sus repiques; de los portales brotaron robustos caballos que se encaminaron a la plaza montados por apuestos jinetes; por doquiera se oían chistes, risas y gritos; las calles quedaron

llenas de personas ataviadas con los mejores trajes de sus escasos ajuars. Parecía que sobre el pueblo hubiese caído una lluvia de alegría como reacción a la tristeza del día anterior.

Estos campesinos son curiosos: cuando es necesario guardar un día lo hacen con fidelidad admirable, pero cuando aquél pasa y llega alguna fiesta entonces ¡adiós recogimiento! se divierten como el mejor bohemio; esto se puede observar mejor que nunca en la Semana Santa: el Jueves y el Viernes Santos los pasan en un silencio sepulcral, metidos en sus ranchos; pero cuando el Sábado de Gloria en la Iglesia, los curas, celebrando la resucitación de Cristo cantan «Gloria a Dios en las Alturas» ellos parece que contestaran: «alegría a los hombres en la tierra». En hacer tiros de revólver al aire, bullas con latones, carreras a caballo, y en trasegar botella tras botella de seco, pasan el día. Por la noche forman bailes especialmente el punto y el tamborito. Entremos en uno de éstos:

En un círculo formado por personas hay como hasta 15 mujeres vestidas con la pintoresca y tradicional pollera; mientras que unas cantan y palmorean al compás de los tambores, otras, con las manos en la ancha falda, se mueven rítmicamente, dan vueltas, se balancean y hacen otros mil visajes ante los hombres que les sirven de parejas; éstos no se quedan atrás y con no menos entusiasmo dan brincos y saltos únicos preceptos de ese baile popular.

De entre las bailadoras sobresalía Rosa por su belleza; duran-

te un cuarto de hora había bailado sin descansar y ahora estaba sentada en un banco tomando *chicha loja dulce* y charlando con Juliano.

—No sigas tomando seco —le decía a éste— porque te vas a jumar y a buscar camorra; además recuerda que mañana debemos ir a la misa.

—Es cierto, pero bailemos esta «tonada» que está muy alegre.

—No, Juliano; estoy muy cansada y quiero descansar. Saca otra pareja.

Disponíase Juliano a obedecer cuando Rosa saltó como movida por un resorte y corrió hacia un joven que se bajaba de un caballo; el polvo que le cubría el vestido, el caballo sudoroso, las espuelas y otros detalles hacían adivinar que acababa de hacer un largo viaje. Habló unos momentos con Rosa y luego cogidos de la mano volvieron al ruedo y bailaron. El entusiasmo con que cantaba y bailaba unido a sus risas denotaba la alegría que la llegada del forastero le había producido; el baile en ese momento tomó un ardor extraordinario y todos, bailadores, músicos y expectadores se divertían a más y mejor; sólo una persona se entristeció: era Juliano quien arrinconado en una esquina, con el semblante sombrío no apartaba los ojos de Rosa que seguía bailando alegremente con el recién llegado sin cuidarse de aquél.

—Claro —decía entre dientes— éste es su antiguo novio y lo prefiere a mí; pero yo no renuncio fácilmente a mis deseos; uno de los dos tiene que morir esta noche y ¡por la Virgen Santa! no

seré yo. Oye Pedro, preguntó a este que en ese momento pasó cerca, ¿tienes algún machete aquí?

—Tengo dos, repuso Pedro un tanto extrañado al ver el semblante con que Juliano le pedía tal objeto en esas circunstancias.

—Mejor, murmuró Juliano.

—¿Qué dices?

—Nada, que ¿dónde los tienes?

—Debajo de esa mesa.

En aquel instante cesaron de tocar los tambores y de cantar las «polleras» y el baile terminó momentáneamente. El recién llegado salió al portal y hacia él se fue Juliano: un tropezón, cruce de palabras injuriosas y el desafío quedó concertado.

Tienen nuestros campesinos un modo peculiar de batirse; pocas veces se desafían, pero cuando lo hacen no termina el duelo con una comida en el Central; los dos adversarios, armados de machetes o puñales se van sin decir palabra a nadie a un lugar apartado y allí, sin testigos, solucionan el conflicto que termina casi siempre con la muerte de uno.

Juliano fue por los dos machetes que le había solicitado a Pedro, entregó uno al forastero y ambos partieron hacia el llano que rodea el pueblo. Nadie al parecer se había dado cuenta del incidente, pero Pedro que quedó sospechoso al ver el semblante de su amigo, no lo perdía de vista y observó todo.

—Juliano es fuerte y no hay en el pueblo quien lo pueda vencer; —murmuró— esperemos que . . .

Lo interrumpió una voz a sus espaldas.

—¿Dónde está Juliano?

Se volvió y encontróse frente a Rosa.

—Se fue por ahí hace poco con el recién llegado hacia el llano, dispuesto a darle un machetazo.

—¿Se han desafiado? preguntó Rosa poniéndose lívida.

—Exacto y a estas horas . . .

No pudo acabar. Rosa corrió hacia un caballo que estaba sujeto al portal, lo soltó, montó de un salto y partió a todo escape en la dirección que Pedro le indicó y llegó al llano.

Era una de esas noches de verano en que la luna se muestra con todo el esplendor de su belleza melancólica; los rayos al quebrarse sobre el suelo esparcían por la llanura una especie de alfombra azul tenue que unido al verdor de la hierba formaba un color bello e indefinible. Rosa cabalgó algunos momentos en varias direcciones hasta que al fin vio allá a lo lejos dos sombras que se movían. Reanimó el caballo y partió a toda carrera; a medida que se acercaba iba distinguiendo mejor los bultos; ya podía ver los saltos, las embestidas y el brillo de los machetes de Juliano y su adversario, pues eran ellos los que se batían. De pronto, se le presentó una profunda y ancha zanja que el caballo no podía franquear y además por la distancia regular que la separaba de ellos y por el viento que soplaban en sentido contrario no podía hacerse oír de los que mutuamente procuraban quitarse la vida. El único medio de llegar hasta ellos era dar un rodeo a un espeso bosquecito que tenía a su derecha. Rosa volvió su caballo y emprendió de nuevo un galope tendido, perdió de vis-

ta a los dos combatientes y cuando después de haber dado el rodeo al bosque, enfrentó a ellos un cuadro horroroso se le presentó a la vista: Juliano acababa de dar un machetazo en la cabeza a su adversario quien ni siquiera tuvo tiempo de despedirse con un ¡ay! del mundo que abandonaba.

—¿Qué has hecho Juliano? gritó Rosa.

—Matar a quien venía a robarme tu amor: matar a mi rival.

—Pero si éste no es él, el que has *matao* es a mi.....

El llanto la interrumpió.

—¿Quién es? acaba! exclamó Juliano a quien una terrible sospecha le cruzó por la mente.

—Es mi hermano!.....

—Tu hermano! he muerto a.... tu hermano! balbuceó Juliano y quedó como atontado. De repente desenvainó el puñal que le pendía del cinturón y envainólo de nuevo pero esta vez en su propio corazón. Cayó muerto al lado del otro. Rosa lanzó un agudo grito, abrió desmesuradamente los ojos y se desmayó. El silencio aterrador de la llanura volvió a invadirla por completo.

En ese momento la luna como aterrizada de la tragedia que acababa de presenciar huyó apresurosa a esconderse tras el aterciopelado cortinaje de una nube blanca y la obscuridad extendió sus alas sobre el llano. El silencio era interrumpido sólo por el murmullo de la brisa juguetona y por los sollozos de Rosa a quien

la frescura había hecho recobrar el sentido; éstos se fueron haciendo cada vez más débiles hasta que al fin se apagaron por completo.....

*
**

De pronto una carcajada terrible que repercutió téticamente en el llano se dejó oír y una voz de un tono extraño gritaba.

Lo mató! ja! ja! ja! El también ja! ja! ja!

Y el eco repetía la siniestra carcajada.

La luna asomaba de nuevo tímidamente su faz e inundaba el suelo de una luz suficiente para poder contemplar un cuadro espeluzante: los dos cadáveres, de Antonio y Juliano, yacían en el suelo en un charco de sangre; los caballos con esa dichosa impasibilidad propia de las bestias comían tranquilamente la hierba que fresca y abundante les ofrecía el llano. Y algo más allá corría Rosa, los cabellos al viento, en dirección al pueblo; de vez en cuando volvía la cabeza como si temiera ser perseguida, lanzaba al aire su estridente grito y exclamaba en los delirios de la locura:

—Muertos! ja! ja! Una puñalada y un machetazo ja! ja! ja!

Y el eco repetía la siniestra carcajada.....

FABIÁN VELARDE.

LA LIBERTAD

La libertad es la facultad más sagrada del hombre, según la cual tiene el poder de hacer lo que le plazca, siempre y cuando que no lesione los derechos de los asociados. La libertad tiene por base la naturaleza, por regla la justicia, por protector la ley.

Cualquier hombre por perverso que sea siente una tristeza infinita en su corazón, cuando le ha sido coartada la libertad; cuando se le niega la contemplación de las maravillas de la naturaleza porque entonces se ve privado de las caricias de los dorados rayos del sol.

Lo mismo que a los hombres aconteció a los pueblos sin libertad y sin grandes ideales; son como sombras y semejanzas de pueblos; árboles sin savia y sin raíces; y aunque los burócratas la temen y los déspotas la aborrecen sienten que, cualesquiera que sean sus detalles significa en el ciudadano un alto grado de acción política, desembarazada de restricciones.

La libertad entre los antiguos consistía materialmente en el grado de participación en el gobierno «en que todos a su turno fueran gobernantes y gobernados.» Los griegos aspiraban a la perfecta libertad e igualdad sin conceder diferencia alguna, ni aún a causa del talento o la virtud. En Atenas sobre todo, el hombre fue un ciudadano apasionado de la libertad política y de la igualdad de clases y en Esparta Licurgo quiso que no hubiese ni ricos ni pobres. En la Edad Media no pasaba así: El espíritu teutónico de independen-

cia individual fue una de las causas que condujeron al sistema feudal y frecuentemente prosperó bajo de éste, en exuberante desorden. No había Estado propiamente dicho; franquicias otorgadas separadamente, individualmente arrogadas, obteniendo cada partido lo que le era posible por lo tanto la palabra libertad no llegó a significar acción libre concedida al ciudadano.

En esta misma edad todos los hombres estaban subordinados los unos a los otros; sus derechos y deberes eran definidos y fijados por contratos. Esta organización es la que se conoce en la historia con el nombre de régimen feudal.

En los tiempos modernos los pueblos se levantaban gradualmente a una posición más elevada. Por todas partes se han tomado, primero de Inglaterra y más tarde de Estados Unidos, las ideas de la nueva libertad. En Inglaterra el Parlamento inglés tomó la precaución de redactar la Declaración de los Derechos, que es un conjunto de las libertades ya reconocidas en la Gran Carta, y obtener de los futuros soberanos el compromiso formal de respetarlas.

Con estos ejemplos de libertad adquieren los pueblos una conciencia más íntima de sus derechos y se unen para quebrantar el poder de los déspotas.

«Sólo educando a los pueblos en el derecho de la libertad llegaremos a formar pueblos libres y pueblos fuertes».

FEDERICO S. NAAR.

Panamá, 20 de Mayo de 1917:

FRAY LUIS DE LEÓN

Luis Ponce de León, más conocido con el nombre de Fray Luis de León, nació en Belmonte del Tajo en el año de 1527.

Sus padres, don Lope de León y doña Inés de Valera, eran oriundos del mismo lugar; con ellos estuvo Fray Luis hasta la edad de catorce años.

Don Lope era abogado de corte y le proporcionó a su hijo educación moral y literaria adecuadas a la clase noble a que pertenecían pero nunca tuvo intenciones de dedicarlo a la vida del claustro, y si Fray Luis se dedicó a ella fue llevado por su inclinación.

En sus primeros años no tuvo más director espiritual que su padre hasta que en 1541 a la edad de 14 años, entró en la Universidad de Salamanca. A los 17 años, en 1544, se metió fraile de la orden de los Agustinos.

La única ventaja de que disfrutó Fray Luis fue la de no tener que vencer obstáculos para comenzar sus estudios y para permanecer en ellos, pero ¡ay! en cambio, desde que principió a figurar como hombre ilustre principió también a sufrir las adversidades hasta de algunos de los que antes habían sido amigos suyos. No sabemos nada de sus ensayos; probablemente él principió a escribir cuando tenía suficiente preparación para hacerlo y cuando tenía cierta edad considerable, y por tal motivo quizá, no se han oído resonar sus ensayos.

Fue poeta místico y lírico, y a pesar de que escribió obras muy considerables en prosa, es

más conocido como poeta. Pertenecía a la Escuela Clásica y era el más caracterizado de la Rama Salmantina.

Tuvo la suerte de nacer en el siglo de más esplendor para la literatura castellana.

En el año 1560 fue graduado en Filosofía y Teología en la Universidad de Salamanca y tuvo a su cargo la cátedra de Teología en la misma Universidad por espacio de cuatro años.

Muy pronto se dio a conocer como hombre ilustre y en poco tiempo adquirió gran fama. En 1565 obtuvo el puesto de profesor de Teología Escolástica y Sagrada Escritura.

Algunos de los que antes habían sido amigos suyos, se le tornaron gratuitamente en enemigos, tal vez por envidia a la fama de que gozaba. Hubo un tiempo en que con motivo de la corrección de la Biblia de Vatablo, los maestros de Salamanca se acusaban los unos a los otros.

En 1570 fue Fray Luis denunciado a la Inquisición y se le acusaba de haber traducido al lenguaje vulgar el «Cantar de los Cantares»; también se le acusaba de haber afirmado que la «Vulgata» estaba llena de falsedades debido a que estaba mal traducida. De todas estas acusaciones se defendía él con gran brillantez negando todos los cargos que le hacían, pero nunca llegó a negar ser el autor de la traducción del «Cantar de los Cantares».

El 27 de Marzo de 1572 lo llevaron preso a Valladolid para las cárceles del Santo Oficio.

Para hablar acerca del encarcelamiento de este distinguido poeta, hay que tener en cuenta primeramente, el ambiente social de la época; se consideraba como gran delito el traducir los Cánticos sagrados sin tener licencia para ello.

En el tiempo que estuvo Fray Luis encarcelado, escribió gran parte de su obra «De las disertaciones de Cristo». Además escribió varias poesías una de las cuales es la «Canción a Nuestra Señora» que principia: «Virgen que el sol más pura»; también escribió dos quintillas en las cuales manifestaba cuán agradable era para él la vida retirada; son éstas:

«Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado;
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado.

Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso
A solas su vida pasa,
Con sólo Dios se compasa,
Ni envidiado ni envidioso».

Cuando salió de la prisión en 1577, después de cinco años, volvió a hacerse cargo de su cátedra y principió la primera lección con la frase célebre tan conocida «Señores, como decíamos ayer» con la cual nuestro insigne poeta quiso dar a entender que sepultaba en el olvido el injusto castigo y la terrible persecución que le habían proporcionado sus enemigos. Nuestro genio fue uno de los mejores admiradores de aquel ilustre poeta italiano. Por eso:

Éscondió muchas obras entre

las cuales merecen especial mención «La Perfecta Casada» «Cantar de los Cantares», «De los nombres de Cristo», «La Oda al Campo», «La Ascensión del Señor» y «La profecía del Tajo».

De sus obras en prosa quizá la mejor es «La Perfecta Casada.» Es este libro una colección de consejos que Fray Luis dedicó a una ahijada suya en el día de su matrimonio; en ella se propone el autor sacar a la mujer casada de algunas creencias erróneas en que está, y formar una buena esposa amante de su marido y celadora fiel de los intereses de su hogar.

De sus obras en verso tal vez la que le ha hecho ganar mayor gloria es «La Oda al Campo» verdadera obra de ingenio que parece como que condujera al lector a una vida de paz y tranquilidad.

Todas sus obras son en el fondo de gran moralidad y están escritas con un estilo de admirable sencillez, condiciones peculiares de su inteligencia.

Murió cuando aún había mucho que esperar de él, a la edad de 64 años, el 23 de Agosto de 1591 en Madrigal, nueve días antes de hacerse cargo de un nuevo puesto que se le había concedido en reconocimiento de sus méritos.

Lo sepultaron en el convento de Salamanca delante del altar de Nuestra Señora del Pópulo.

La gloriosa huella por él dejada la siguieron muchos otros pero nadie llegó a igualarlo.

HUMBERTO ECHEVERRIS V.

Panamá, Diciembre de 1916.

NOTAS DIVERSAS

HA regresado de los Estados Unidos, después de brillante propaganda en pro de la Universidad Pan-Americana, el doctor Edwin G. Dexter, quien llena una importante página en los anales de la Instrucción Pública panameña.

Para él nuestros saludos y respetos.

DESPUÉS de haber coronado con éxito sus estudios se encuentran entre nosotros los distinguidos jóvenes Feliciano Quirós y Q. y José de J. Guardia, quienes desempeñan las cátedras de Castellano y Geografía respectivamente.

LA dirección de la Escuela Normal de Señoritas está a cargo de la señorita Josefina Alderete, inteligente pedagoga panameña.

Felicitamos al señor Secretario del Ramo por tan acertado nombramiento.

AGRADECEMOS muy sinceramente la voz de aliento que nos da nuestro distinguido profesor idealista señor Octavio Méndez Pereira.

Próximamente daremos publicidad también a un estímulo del inspirado poeta panameño Aizpuru Aizpuru.

ESTÁ frente a las cátedras de Pedagogía e Inglés el señor J. D.

Crespo. Su consagración al cumplimiento de su deber es prueba de que saldrá avante en el difícil arte de Pestalozzi, y en la armoniosa lengua de Shakespeare y de Bryon.

RECOMENDAMOS al Magisterio Nacional el «Auxiliar del Maestro» libro de utilidad práctica para las escuelas primarias, que ha visto la luz pública hace poco tiempo.

ENGALANAMOS las páginas de PRELUDIOS con la sentida composición de la señorita Julia A. Salvat. A un estilo brillante une nuestra distinguida amiga un conocimiento perfecto de la veleidosa Fortuna.

PRONTO verá la luz pública en la vecina ciudad de Colón, una revista literaria con el nombre de «Atlántida». Los comentarios sobre su aparición huelgan, pues en ella escribirá la élite de la intelectualidad colonense.

EL 24 de los corrientes, profesores y alumnos nos reunimos en el Salón de Actos del Instituto Nacional. Hizo uso de la palabra nuestro Rector al cual secundaron los señores C. Rodríguez, J. D. Crespo, F. Quirós y Q., T. Nodeau y J. D. Moscote, quienes con su elocuencia peculiar nos dieron el cordial saludo de bienvenida: